

hélise, llevando sobre sus hombros, desmenuzando, rompiendo las encrespadas olas ¡todo un pueblo! y no pensamos tal vez un instante que una nonada son tan colosales fuerzas, *si materializando el deber* pudiéramos calcular el coeficiente que representarian las que he menester para no eludir el que el destino háme deparado en éste por más de un concepto solemne instante. Sí, á hado tan inconsciente debo a honra que me abruma de dirigiros la palabra, yo, humilde sacerdote de una ciencia que no se desliza por los poéticos rieles de vivificante y embriagadora inspiracion, por el contrario, siempre con el escalpelo en la mano, disecando, escudriñando la verdad en el caos de los caos, ¡en los antros de la muerte! para al fin quedar á las veces en desesperante duda, pues como dejó consignado en sus memorias de ultra-tumba el inspirado autor de *El Genio del Cristianismo*: «¡La muerte no explica, no, los misterios de la vida!»

¿Cuáles son, pues, los motivos, qué razones para que en esta solemnidad, cuando al salir de la esfera ideal del deseo inaugúrase ya la Sociedad *Union Ibero-Americana*, en este sitio que aún desierto infunde respeto, en este país donde se rinde idólatra culto á la literatura, donde la elocuencia es diatésica, hoy que algunos de vuestros oradores sin rivales y brillantes poetas dejarán oír su encantadora palabra y armoniosos versos llenos de inspiracion, se me haya, no suplicado, ordenado, os dirija la bien poco autorizada mia? Débese tan sólo, señores, á ser uno de los americanos de más larga residencia en España y no tener el honor de ser de los iniciadores, pero sí de los más decididos entusiastas por que se lleve á cabo la trascendental idea de la *Union Ibero-Americana*. Grandioso pensamiento que se realizara, piense lo que quiera tanta gente escéptica, siempre con desdeñosa sonrisa en los labios, sin pensar jamás en nada alto porque son demasiado pigmeos, que jamás han hecho nada. ¡Lástima grande que la volcánica imaginacion de Dante les asignara para sitio de expiacion á su incredulidad, apatía é indolencia, un círculo de tan poco relativo castigo! Mas no, tuvo razon. *Non ragionari di lor...*

No os lisonjearé en demasía, estimados compañeros, iniciadores de este tan fructífero pensamiento. No es ello una creacion: habeis recogido los gérmenes de una idea que flotaba há ya tiempo en las mayores corrientes de simpatía entre España y América, entre América y España; consoladoras corrientes como las de nuestros constantes vientos alisos templando la caldeada atmósfera de la zona tórrida, inimitablemente cantada en el lenguaje de los ángeles por nuestro monstruo literario, tan grande porque desde su más tierna infancia fuera su alimento intelectual el concienzudo estudio de vuestros eminentes clásicos.

Permitidme, señores, que al rememorar al insigne venezolano Andrés Bello, profundo filólogo, eminente estadista, gran cosmógrafo é inspiradísimo poeta, testifique públicamente, ¡y qué ocasion más oportuna! en nombre de Venezuela los sentimientos de la más profunda gratitud á la Academia de la Lengua por haberse dignado dedicar una de sus últimas sesiones inaugurales á honrar la memoria de aquel preclaro ingenio, y muy particularmente al Excmo. Sr. D. Manuel Cañete, tan querido y respetado en América, encargado de exponer ante la Academia los méritos justificativos de la señalada prueba de consideracion de tan respetable Sociedad al filólogo americano. El erudito académico no hubiera estado tan lisonjero al cantar las glorias del más conspicuo de sus compatriotas.

Actos como ese, cónsonos con todos lo que se propone realizar la *Union Ibero-Americana*, la creacion de las Academias correspondientes de la Lengua en toda la América española, acogidas con gran júbilo y orgullo, y filialmente sumisas á las prescripciones de la Academia madre, con ménos vacilaciones que en la metrópoli misma, hacen más por el indisoluble lazo de union de la gran familia hispano-americana, que el guante blanco del diplomático ó apolillables cláusulas de piramidales protocolos. No siempre esto, señores: España, por ejemplo, ha tenido en América Ministros tan ilustrados, tan queridos, tan dignos—si lo permitís—tan hispano-americanos, que una palabra de ellos ha decidido en el acto importantísimas cuestiones.

Teniendo en cuenta la inmensidad del territorio americano, la imposibilidad material en pasados tiempos de atender á las apremiantes necesidades de países nacies, situados á millares de leguas de la madre patria, distancia entónces mayor no estando aún la electricidad á las órdenes del pensamiento y teniendo el vapor ocultas sus poderosas alas, España y América constituian una nacionalidad demasiado grande para vivir juntas la vida del progreso de las sociedades modernas, é hízose fatalmente necesaria una dolorosa separacion, como la del hijo al desligarse de la patria potestad. Eso sin contar, vosotros lo sabeis tan bien como nosotros, lo que pudiera haber influido el poco delicado tacto de autoridades no á la altura de su delicada y civilizadora mision, ni correspondiendo á los verdaderos deseos de la madre patria... pero nunca, jamás por odio de raza, como escritores que tal vez hasta ignoran la posicion geográfica de América, que no han auscultado—dejadme hablar mi lengua—nuestros corazones leyendo nuestra historia, escriben, echándoselas de patriotas, sin reparar que una ligereza de su pluma genial é indocta causa más daño á la fraternal armonía que debe reinar entre España y América que un cañonazo disparado en un momento de irreflexivo arranque, propio de nuestra raza, pero siempre por punible falta de algunos Gobiernos que así comprometen la suerte de los países, víctimas inconscientes de sus... descuidos.

¿Cómo diferencias cuando una misma sangre corre por nuestras venas, llevamos vuestros apellidos, en términos que si aristocrática vanidad pasara por nuestra mente, aquí vendríamos en busca de nuestro abolengo; cuando el mismo místico incienso purifica los altares, donde prosternados, sin afectacion, guiados por la razon, adoramos un único Dios; cuando las mismas palabras consagran nuestros nombres iguales en la pila bautismal, y en la hora de la muerte fervorosos abrazamos el mismo signo sacrosanto de nuestra redencion, epitafio consolador é indispensable despues en nuestros sepulcros; cuando poseemos esta misma rica y sonora lengua, cuya sencilla construccion permite á maravilla ir colocando en órden perfectamente gramatical las más vivaces concepciones de nuestro espíritu?

¡Ah no! Nada que no fuera armónico con la evolucion necesaria á aquellos países. Y tan española creíase mi patria cuando plegásteis vuestro lábaro inmortal en prueba del reconocimiento de nuestra independencia, hecho indicado en el gran libro de los pueblos, que conserváronse como recuerdo de familia los colores rojo y gualda del pabellon que se enseñoreó por el mundo, y con el azul simbólico del límpido de nuestro cielo, que debió ser el del paraíso, constituyen la bandera tricolor en la República de los Estados Unidos de Venezuela, vuestra hija.

Olvidado ya por completo, si hubiera habido el menor motivo de resentimiento, América, necesario es consignarlo, sin que miras interesadas la impulsen á ello, viene gozosa al encuentro del movimiento espontáneo de simpatía, afecto y confraternidad que en España hacia ella se despierta. Esto es un hecho indudable, y los americanos deben tener, tenemos la íntima conviccion de que el hecho de serlo constituye un pasaporte que no necesita ser visado para disfrutar aquí de una acogida verdaderamente filial. Esta declaracion no puede atribuirse á mísera lisonja, pues particularmente no he recibido de esas mercedes (si se exceptúan vuestras inmensas simpatías que jamás agradeceré bastante) que aún al alma más honrada la hacen titubear de si la justicia que otorga es recompensa de favor recibido.

Aprovechemos, pues, ese deseo, esa noble aspiracion, y teniendo por base esta sociedad y las correspondientes, que indefectiblemente se crearán en América y Portugal, ese pedazo de tierra, ibera también, hablo por lo que á vuestras simpatías se refieren, pues la patria del incomparable Camoens y de los intrépidos Vasco de Gama y Magallanes es nuestra hermana, estrechémonos en fraternal abrazo. Setenta millones de ciudadanos de una misma raza, prescindiendo de todo objeto político, que no es nuestro norte, es una poderosa palanca para nuestro mayor progreso colectivo. Trabajemos por centuplicar nuestras relaciones comerciales, casi desconocidas, que nuestras comunicaciones sean

por instantes, que la vida del comercio que tanto halaga nuestros corazones, la chispa que ha empezado á soldar nuestra separacion, la del comercio del espíritu, sea un cambio constante entre los países de la Union Ibero-Americana, sin que esto sea prejuzgar la cuestion del sagrado derecho de la propiedad literaria, que si la propiedad en general ha podido ser puesta en tela de duda por esos soñadores sedicentes liberales, verdaderos cánceres de nuestras opiniones republicanas honradas, cuyas utopias dan origen á gobiernos de mano draconiana, que deben ir ya pasando de moda, la que es producto de nuestra inteligencia, sudor de nuestro espíritu, pasadme la frase, mercede sin igual respeto.

La prensa, ese sistema nervioso de la sociedad contemporánea, su verdadero espíritu, sin cuya ilustracion, apoyo é influjo todo elemento de vitalidad social se paralizaria, es la llamada en primer término á hacer germinar la semilla sembrada hoy por la Sociedad *Union Ibero-Americana* bajo tan halagüeños auspicios, en terreno tan abonado, en el Paraninfo de la Universidad Central, punto de irradiacion de la cultura de España, sitio el más propicio para que nuestro eco no se pierda aquí, sino que repercutiendo en la Corte del ilustrado y libertal Rey de Portugal, retumbe en torrentes de sonoras ondas por la gigantesca cordillera de los Andes.

Propicia es la ocasion: rige los destinos de España un Rey joven, simpático—la palabra no es cortesana, con mi independencia *puedo* usarla, pero es verdadera,—valeroso, entusiasta por todo lo que á América se refiere, y cuyas ideas, INDUDABLEMENTE, corresponden á su sólida y vastísima ilustracion. Los Presidentes de las Repúblicas americanas, en general, Repúblicas probas é ilustradas, muchas de gran condicion, todas deseosas de estrechar las más fraternales relaciones con España, rebosando patriotismo y firmes en la sacratísima idea de conducir á aquellos países por la senda de indefinido progreso, por ella sin duda alguna marchan y la patria les está agradecida.

Esperemos, pues, muy fundadamente que tanto SS. MM. los Reyes de España y Portugal, como los Presidentes de las Repúblicas de la América del Sur, prestarán su valioso apoyo á la obra que hoy inauguramos: establecer la más sincera y cordial confraternidad é íntimas relaciones literarias, científicas y comerciales entre España, Portugal y la América española.

Estimados compañeros: cuando uno asume el deber de responder de los sentimientos de hidalguía y cariño de todo un pueblo, particularmente del americano, todo corazon, no creo que se traslimita nunca, por más humilde que su personalidad sea. Así, pues, en nombre de América, no vacilo, con toda la efusion de mi alma, en aceptar y corresponder á vuestro fraternal abrazo. Trabajemos con entusiasmo; tengamos fe en el porvenir; y si al fin nuestra ilusion se desvanece, si nuestra Sociedad no tiene la vida á que es acreedora, ya con haber realizado este acto tranquilos podemos decir: hemos cumplido con nuestro deber.

Y vosotras, ilustres damas, que habeis venido con vuestros encantos á ser el principal ornato de esta solemnidad, podeis coadyuvar á nuestra obra desde la sagrada tribuna del hogar. He dicho. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

El Sr. Presidente: Tiene la palabra la señorita Doña Concepcion Olivan.

(Acompañada hasta la tribuna por el Excelentísimo Sr. Marqués de Algara de Gres, fué saludada con entusiastas y nutridos aplausos, y dió lectura de la siguiente composicion poética:

Á LA SOCIEDAD QUE HOY SE INAUGURA

UN SENTIMIENTO Y UN DESEO.

Setenta años van pasados.
Pueblos ántes confiados
á Iberia por la conquista
viéronse un dia apartados,
mas sin perderse de vista.

El tiempo pasa, y no en vano
recuerdan el nombre hispano,
glorioso allende los mares,
los palacios, los hogares
del chileno y del peruano.

Doquier la vista se para,
desde el Pachitá al Pára,
de México á la Argentina,

lengua, costumbres, doctrina,
á Iberia los equipara.

Sin embargo, hemos podido
vivir casi en el olvido
¡siendo cual somos hermanos!
sin estrechar unas manos
que amor y sangre han unido.

.....
Pero luce, al fin, un día
en que con noble porfía
y con decidido empeño,
va á realizarse un sueño
que imposible parecía.

Con firme fe y convicción,
dignos del acto, la *Union*
dicha *Ibero-Americana*,
«América es nuestra hermana»
grabó en su enhiesto pendón...

Misión santa, grande, hermosa,
que hermanos une amorosa,
¡Bien hayas! ¡Bendita sea
la mente que generosa
conció tan alta idea.

Que son los lauros mejores
conquistar sin los rigores
que en siglos ya muy remotos
antiguos conquistadores
ganaron puertos ignotos.

Vivan por siempre en la historia,
con su ilustre ejecutoria,
cual nombres que el mundo aclama,
Colón y Vasco de Gama,
Almagro, Pizarro, Hontoria....

Que ya se sublima el alma,
sueña paz, amor y calma,
genio moderno y profundo,
y hoy corazones empalma
quien ayer conquistó un mundo.

Guarde orgulloso el presente,
y diga á la edad viniente
como una hazaña inmarchita,
que esta actitud, hoy creciente,
será por ello bendita.

Que razas que un pueblo fueron
al hermanarse creyeron
que con estas condiciones
nunca y por nada pudieron
prescindir de ser naciones.

Y que empresas tan activas
mostrarse pueden altivas
dejando allende los mares,
no ya las razas cautivas,
sino cariñosos lares.

Veán su afán alcanzado
en la estela que han trazado
camino que no se cierra
ni quedará señalado
por triste surco de guerra.

Pues hubo tanta dulzura
en su afán, tanta ternura,
que al abrirlo, con su anhelo,
signo de paz y ventura
hizo un iris en su cielo.

Arco acústico que abraza
un tiempo, un mundo, una raza,
y repercute distinto
los nombres de Stanley, Brazza
de Lesseps, y Serpa Pinto....

Misión santa, grande, hermosa,
que hermanos une amorosa.
¡Bien hayas! ¡Bendita sea
la mente que generosa
conció tan alta idea! ..

(Grandes y prolongados aplausos.)

JOAQUINA A. OLIVAN.

El Sr. Presidente: Tiene la palabra el Sr. Menendez Pidal.

(El Sr. Menendez Pidal ocupó la tribuna y leyó la poesía que á continuación se copia, siendo interrumpido por el auditorio en los versos que se consignan.)

SIEMPRE HERMANOS

El mar encrespado brama,
húndese el sol en el mar,
y del sol la roja llama
chispas de fuego derrama
en las ondas al saltar.

Del mar al rumor pujante,
como rendido á sus pies,
dormido quedó un instante
á orillas del mar gigante
un marino genovés.

Yo no sé si acariciaban
su cerebro enardecido
las brisas que allí soplaban,
ó si las olas cantaban
dulce canción á su oído.

Yo sé que al que allí dormía
algun genio le arrullaba
y algo dulce le decía,
porque su faz irradiaba
y su labio sonreía.

Vínole acaso á arrullar
el Genio del Mar risueño,
queriéndole confiar
algun secreto del mar,
pues soñó un gigante sueño.

Soñó una tierra escondida,
nuevo edén, nido de amores,
tierra encantada y perdida,
llena de luz, aire, vida,
perfumes, aves y flores.

Los bosques exuberantes,
virgen y fecundo el suelo,
sus montes de oro y diamantes,
los ríos, ríos gigantes,
y cielo hermoso su cielo.

Allí la luz esplendente
pintaba las flores bellas
al besar su casta frente,
y, perfumando el ambiente,
volvíanle el beso ellas.

Y al ave dando las flores
de sus colores las galas,
eran, por sus mil colores,
las aves de sus alcores
hermosas flores con alas... (Muy bien.)

Despertó del sueño blando
el genovés, conmovido,
y aquel sueño acariciando,
siguió despierto soñando
en lo que soñó dormido;

y, mártir de aquella idea,
lucha con tenaz empeño
en titánica pelea,
porque más que sueño sea
lo que el mundo juzga sueño.

Todos á una voz convienen
que aquél un sueño ha de ser;
todos por loco le tienen,
y sólo su fe mantienen
un fraile y una mujer.

Nadie le quiere escuchar;
la ciencia sus tesis niega...
Iba casi á desmayar:
recordó la voz del mar,
y en brazos del mar se entrega.

(Muy bien, muy bien.)
Allí á su merced surcando
las olas del mar airadas,
ora con fe, ya dudando,
iban sus ojos buscando
las riberas anheladas. (Grandes aplausos.)

Y al sueño su fe rendida,
cualquiera sombra falaz
le hacía ver en seguida
crecer el mundo á medida
de su pensamiento audaz.

Por fin, tras vanas quimeras,
cuando al azar navegaba,
vió un bando de aves viajeras
como hermosas mensajeras
de la tierra que él buscaba.

Y al venir la nueva aurora,
velada por leve bruma,
vióla brotar seductora
cual Venus encantadora
del mar en la blanca espuma;

y el mar hasta allí la quilla
condujo de su bajel;
y en aquella ignota orilla
flotó el pendón de Castilla
y la santa cruz en él.

Y en los remotos linderos
de aquella tierra lejana,
con los hechos altaneros
de nuestros bravos guerreros,
sonó el habla castellana:

y es ella quien la paz sella
con las sometidas greyes,
borra del odio la huella
y el amor habla por ella,
y en ella hablaron las leyes. (Muy bien.)

Y el sol del Inca, esforzado,
cayó de su esfuerzo en pos;
dejó de ser adorado,
y ardió cual cirio sagrado
en la presencia de Dios.

Así la mente inspirada
del marino genovés
dejó á la ciencia heredada,
y ancho campo abrió á la espada
de Pizarro y de Cortés.

Ellos cual buenos lucharon;
mas si era santo su intento
también el odio sembraron,
y lo que ellos no alcanzaron
lo conquistó el pensamiento;

que á su mágico poder
somos hermanos leales
los enemigos de ayer,
y sólo queremos ser
en pruebas de amor, rivales.

Ya las discordias pasaron:
nuestro lazo de unión sea
ese amor en que acabaron;
si ayer las armas lucharon
hoy debe luchar la idea.

Luchemos por apretar
el lazo que nos adune
para el común bienestar;
que si nos separa el mar,
también ese mar nos une.

(Grandes, nutridos y prolongados aplausos.)

JUAN MENENDEZ PIDAL.

El Sr. Presidente: Tiene la palabra el Sr. Ortega Morejon.

El Sr. Ortega Morejon leyó la siguiente poesía:

Á LA UNION IBERO-AMERICANA

Quien no puede luchar por lo que admira
goza del triunfo; y hoy, cuando diviso
la dulce paz que vuestra Unión respira,
el gozo que me inspira
me refleja en la tierra el Paraíso...

—
Santa fraternidad, astro fecundo
que brillando amoroso en la conciencia,
en un pueblo de hermanos trueca el mundo
y en un cielo de amor la inteligencia;
sublime libertad, ansia constante
de la humana razón; ancho sendero
que conduce al tranquilo caminante
á las delicias del placer primero;
benditas ilusiones...
cuanto cubre la paz con su dulzura
y ensancha los hidalgos corazones,
en vuestra hermosa Unión late y fulgura...

—
No se mancha la tierra
al emprender tan mágica conquista
con el horrendo estrago de la guerra;
ni una gota de llanto
sube á empañar la límpida mirada;
surge doquier el entusiasmo santo,
y del mar por la anchura dilatada
tremolan los pendones lusitanos
unidos á la enseña de Castilla,
buscando con anhelo á sus hermanos
del mar opuesto en la remota orilla.

—
¡Ah! sublime momento;
lo que en siglos no borran cien batallas
lo borra con la paz el pensamiento;
¡no hay mares, ni fronteras, ni murallas
que no avasallen con su eterno aliento!...

A su voz persuasiva
las espadas se parten en pedazos;
muere el rudo laurel, brota la oliva;
el humo de la industria sube al cielo;
por el campo tranquilo el vapor corre;
deja atrás en su vuelo
la palabra á la luz; el arte crece;
la ciencia reina con poder fecundo
y cual en otro tiempo resplandece
junto al trono el altar buscando un mundo;
¡oh, que maldito sea
quien pretenda turbar tanta ventura
con el ronco fragor de la pelea!...

—
Y cuando el sol que hoy brilla se desplome
de nuestro mar en la móvil espalda,
y en los mares de América se asome
entre espumas de perlas y esmeralda;
cuando en los templos de la patria mia
doblen los bronces con clamor sonoro,
y en la opuesta región el santo coro
rasgue los aires saludando al día...
¡que lleve con su lumbre
palabras de ternura y de esperanza,
al ver que vuestra idea
con potentes fulgores centellea
y con excelsa majestad avanza!

—
Hermanos somos porque Dios lo quiere.
¡Lo que el mal desató, que el bien lo una,
y encuentre el odio, que por siempre muere,
de fraternal amor eterna cuna!...
En vez del resonar de los cañones
llenen los aires los acentos gratos
de plácidas canciones,
que idénticos laureles
ciñen al vencedor en la victoria,
copian igual paisaje los pinceles,
y su gloria inmortal es nuestra gloria.

—
¿Quién puede separarnos,
si ya la envidia con furor no zumba,
y en el revuelto mundo al despertarnos,
la misma religión nos manda amarnos
colocando igual cruz en nuestra tumba?

—
¡Oh! ¡nadie!... En el sombrío
incierto porvenir, los luminares
de refulgente sol se alzan con brío...
que al paso del amor, no son los mares
más que trémulas gotas de rocío...

—
¡Bendita, pues, la Unión, que vencedora
del tiempo y del error surge radiante,
siendo en el mismo día hermosa aurora
para aquella región encantadora
y esta región gigante!

—
Surcando mares y rasgando brumas,
España y Portugal la dieron vida,
y hoy al fin, tras esfuerzos soberanos

le dan, como sincera bienvenida,
el ósculo de paz de los hermanos!
(*Grandes aplausos.*)

JOSÉ MARÍA DE ORTEGA MOREJÓN.

21 de Marzo 1885.

El Sr. Presidente: El Sr. Balbin de Unquera tiene la palabra.

El Sr. Balbin de Unquera: Señoras y señores: Era el comienzo de la edad antigua; todavía estaban sometidos los pueblos al régimen patriarcal; ni el más ligero soplo de la brisa hinchaba las velas de los buques, ni la quilla trazaba su camino por las aguas, abriéndose paso por las extensiones indefinidas del azulado mar; más se conocían, con estar al principio de los hechos históricos, las estrellas del cielo que las divisiones de la tierra: confundidos estaban también los reinos y los imperios donde el Rey tenía autoridad absoluta, donde todos le obedecían como los hijos obedecen á sus padres.

En aquellos tiempos, en los cuales aún no existía la civilización, existía ya, como os digo, la familia y el poder del padre, que es la autoridad que la rige de una manera absoluta, y el poder moderador de la madre, que es el lazo de unión entre ellos y sus cariñosísimos hijos. Entónces, cuando todavía el fuego no había fundido los metales, cuando los abismos de la tierra no se habían entreabierto para descubrir al hombre sus riquezas y mostrar sus inmensos tesoros al mundo, aconteció que separados un día se encontraron en el desierto dos hermanos, Esaú y Jacob, dos hermanos en cuya memoria existía el bendito recuerdo del cariño de la madre; la santa memoria de la bendición de su padre, pero que se habían alejado siguiendo distintos caminos en su marcha por el mundo.

Llegó un momento dado, momento que nos recuerdan las sagradas páginas, en que, teniendo bajo sus piés las arenas del desierto y despues de la fatigosa jornada que ambos habían hecho sobre sus camellos, reflejándose en las abrasadas arenas los espléndidos rayos del sol, al reunirse los dos hermanos se encontraron como si se unieran dos mundos, con el mismo afecto, con la misma idea; ambos recuerdan al padre que los bendice, ambos recuerdan á la madre que los llora; los dos han pasado por las mismas vicisitudes, y los dos aspiran á una misma civilización.

Pues bien, señores: aquella escena bíblica se representa en cierta manera en nuestros días, cuando vemos á Europa y América, á España y á los hispano-americanos procurando reunir en un solo haz su literatura, su comercio, su industria y su estado social.

Fulgura sobre la frente de América una corona de piedras preciosas, de piedras arrancadas á la tierra cultivada con el sudor de los esclavos en los primeros días, y regada despues con la sangre que derramó España en los tiempos heróicos en que le parecía pequeño el mundo, como le pareció á Alejandro para sus hazañas; en que también los mares le parecían estrechos para dirigir por ellos sus carabelas y pocas las páginas del libro de la historia para esculpir en ellas sus grandezas. (*Muy bien, muy bien.*)

América mostraba sus tesoros; Europa llevaba el hierro que América convertía en alambre conductor de la civilización, que había de estrechar al mundo antiguo con el mundo moderno. Me parece ver que, así como los primeros hermanos se unieron en estrecho abrazo, Europa se levanta sobre la torre de la catedral de Colonia, y América se levanta sobre las ruinas de Palenque para presentar al mundo una misma civilización y una misma vida.

Si consideramos, señores, por una parte todo el desarrollo de la civilización y de la industria europea, y por otra parte consideramos el desarrollo de la civilización y de la industria de América, ¿quién no recuerda el magnífico puente de Tehuantepec, sobre el que atravesarán los buques de uno y otro mar, y que la ciencia moderna creyó que no sólo debía establecerse una comunicación terrestre, sino *marítima sobre la misma tierra*, llevando como si dijéramos los buques *sobre trozos de mar*? ¿Quién no recuerda al mismo tiempo en la naturaleza esa magnífica serie de volcanes que alumbran al mundo como para demostrar que es América el lazo de unión

entre el mundo antiguo y el mundo moderno? ¿Quién no recuerda los montes de América, cuyas alturas parecen demasiado elevadas para que hasta ellas llegue con su vuelo el águila y pueda seguir las evoluciones del condor? ¿Quién no recuerda también los intrincados bosques de América, donde el sol apenas se ha atrevido á penetrar, y las cascadas, como si todo quisiera mostrar al hombre las bellezas de la Creación, presentan á su vista escalonadas una por una todas las maravillas que se revelan, desde la gigantesca copa de la palmera hasta la humilde corola y el cáliz de la flor?

Pues aquellos valles de extensión inconmensurable, á semejanza de cometa del sistema planetario que brilla á nuestra vista durante pocos momentos y luego se esconde, quizá para no volver, y nos presenta al mismo tiempo en lo más grande y en lo más pequeño la armonía del cielo, esos valles representan también en lo más grande y en lo más pequeño la imagen de América llamada inocente y virgen, mostrándonos toda la majestad, todo el brillo de la civilización del siglo XIX. Y, señores, América tiene su Roma en los Estados-Unidos, y en Bolívar tiene su Napoleón. América recuerda también cómo allá en los primeros días realizó su sueño el genio genovés; y no acostumbrada á recibir y despedir huéspedes, vió de lejos venir al ilustre Almirante luchando contra la bravura del mar, llevando como única armadura para su defensa, como único medio de fortalecer su espíritu, su confianza puesta en Dios, llamando como único socorro humano el socorro de la Reina de Castilla, de aquella pobre y envilecida Castilla por donde se paseaban los señores feudales no de otra manera que como se pasean los capitanes de bandidos; donde se elevaban los soberbios castillos sobre las playas, no de otra manera que como se elevan los altos nidos de las aves de rapiña; donde el pobre pueblo se posaba extenuado en la llanura, porque no había unidad en el país, porque no había unidad en la historia.

Se necesitó que el genio de aquella mujer, Isabel la Católica, hablase al genio del insigne genovés, abriendo un espléndido horizonte á la civilización; y al acercarse el Almirante al trono de los Reyes, cuya corona brillaba siempre extraordinariamente, se vió que brillaba ménos aquel día, porque la corona de la Reina era la corona de las grandezas humanas y no podía lucir ante el esplendor del genio que se presentaba á sus ojos, ciñendo la corona más grande de la tierra y á la vez la más gloriosa, porque era la corona de espinas todavía verdes que le había preparado la envidia; porque si Colón gozaba por una parte de la protección de nuestros Reyes, por otra le asediaba la envidia de aquellos que no podían llegar á su grandeza. (*Muy bien, muy bien.*)

Por una parte—digo,—contaba con el favor del clero y de las órdenes religiosas, y por otra, repito, con la envidia de muchos que querían que las hermosas páginas de la historia que consignaban la gloria más grande de España sirvieran para esculpir el proceso de aquel genio inmortal. Allá lejos, muy lejos se columpiaban aquellos navíos que habían de llevar la enseña de la civilización de nuestra patria al mismo tiempo que la Cruz del Sur, constelación magnífica, inspiración del cielo que le hizo adivinar á Colón la existencia de aquella tierra prometida, á semejanza de lo que observamos en el firmamento donde hay muchas estrellas que no se ven desde nuestro horizonte, pero sí desde el horizonte americano. Más adelante, señores, como si se hubiese despertado á porfía entre los guerreros castellanos la sed de conquista de un nuevo mundo, se levantan en competencia misioneros y grandes capitanes que oyen con entusiasmo las palabras del marino genovés, y animados por el acto generoso de aquella Reina se lanzan á través de los mares ambicionando llegar los primeros al Nuevo Mundo, magníficamente representado hoy en esta solemnidad.

Entónces se descubren inmensos tesoros, y para americanos y españoles comienza la edad colonial; edad sobre la cual derramaremos un puñado de flores, y no quisiera derramarlas yo solo, sino que también las derramara la sociedad portuguesa y americana; edad en que España fué perdiendo poco á poco todos sus tesoros; edad que comienza en un Cortés y un Pizarro y termina por un Bolívar.

Y pasada esta edad, ¿qué queda entre América y

España sino una corriente, que nunca se podrá interrumpir, de relaciones literarias, políticas y mercantiles? Sí, señores: relaciones literarias, porque habíamos la misma lengua; políticas, porque España y América podrán formar una gran federación que contraresta todos los esfuerzos de otra raza que tenga intereses distintos á los nuestros; federación comercial, porque así como España ha dado á América sus mejores productos, su valor, su inteligencia, y su industria, así América le ha presentado los productos de sus inagotables minas de oro, su plata, su cobre, su hierro, que hoy empieza á descubrirse en algunas Repúblicas hispano-americanas, y por último, todo un mundo de tesoros y de producciones medicinales cuando no contaba con apoyo y vida la vieja y caduca Europa y arrastraba sus días tristes de enfermedad sin que tuviese un nuevo *paraíso* de donde sacar aquel tesoro de salud.

Pues bien, señores: al recordar aquel mágico pasado y este porvenir; al recordar que un mismo sol brilló sobre los dominios de España sin llegar á ponerse jamás; al recordar que en otro tiempo á las torres de Castilla se presentaban unidas las cadenas de Navarra; que al mismo tiempo que en la edad presente Portugal tiene como recuerdo de su dominación en América ese magnífico imperio del Brasil, España, á manera de Grecia, ha dejado bastantes más naciones, bastantes más imperios que los que puedan legar á su patria otros conquistadores; al ver esto, señores, no podemos ménos de comprender que el pensamiento grande, que el pensamiento magnífico de la Unión Ibero-Americana no ha sido más que la expresión, en términos reglamentarios, de una idea que flotaba en la atmósfera y animaba los corazones de todos.

Yo quisiera, señores, que un dignísimo representante de América, que creo está entre nosotros, el Sr. Holguín, confirmase con su palabra autorizada y elocuente estas palabras mías; yo quisiera que las suyas nos abriesen el libro de la historia de América y nos mostraran en sus páginas tantas glorias, tantas grandezas como nosotros tenemos. Inspirados en este pensamiento, lícito nos será decir á nuestros hijos, á nuestros hermanos americanos que conservan nuestra tradición, que sus padres de España les envían la bendición y esperan con impaciencia oír de sus labios los primeros afectos de gratitud; les diremos al mismo tiempo que si ellos están hoy en la mayor edad y se hallan alojados en palacios suntuosos, albergados en habitaciones grandes, ricas y magníficas, en estos pobres hogares de Castilla, en esta España, que aún se prepara también á mayores y más brillantes destinos, aquí se encendió para ellos la primera luz. (*Bien, muy bien.*)

Yo quisiera que no recordaran á los conquistadores que les han castigado con la guerra, llevándose la sangre y la matanza, aunque al mismo tiempo les llevarán el Evangelio y la civilización, sino que recordaran el telégrafo eléctrico, que recordaran el vapor, y que los nombres de Franklin y Stephenson pertenecen á individuos del nuevo continente. Yo quisiera que recordasen que se han ennoblecido por los sentimientos religiosos. Yo quisiera que viesen también que al lado de nuestras poblaciones europeas se han levantado las poblaciones americanas rivalizando con ellas. Yo quisiera que vosotros fijáseis un momento vuestra consideración en esa hermosa tierra de América que nos dará la civilización del porvenir. Yo desearía que os fijáseis, por ejemplo, en las tranquilas ondas, en las corrientes del Plata que desde el Pacífico hasta el Atlántico llevaron el grito de guerra de uno á otro confín del mundo; grito de guerra que sonó como la trompeta del *Juicio final* sobre el dormido pueblo del Chaco. Yo quisiera que, al recordar ese gran pasado y el porvenir de América, auscultáseis con la mayor atención ese movimiento de vida, ese movimiento de sensibilidad que llega hasta las tierras polares, hasta las tierras del Sur; que tal vez entónces, al caminar por esos mares, hallareis en el extremo confín del mundo americano el último confín del nuestro, llegando á la absoluta unión del nuevo continente con el antiguo, y á la esperanza segura de una grande y comun civilización. (*Grandes y nutridos aplausos.*)

El Sr. Presidente: Tiene la palabra el Sr. Holguín.